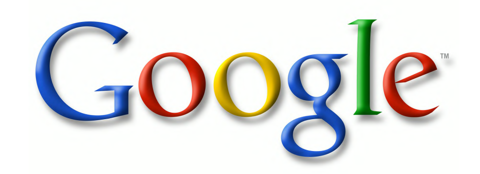
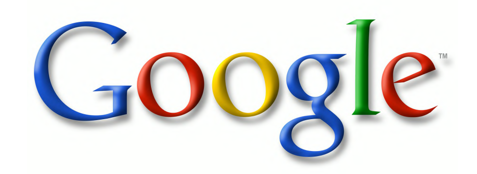





THE UNIVERSITY OF MICHIGAN · LIBRARIES ·

CECILIA

Ó LA

GUERRA DE LOS YAREGUÍES

LEYENDA HISTÓRICA COLOMBIANA

POR

ALEJANDRO CAYCEDO D'ELHUYAR



BOGOTA
IMPRENTA DE MEDARDO RIVAS
1884



PRÓLOGO.

Juzgando que no carecen de interés histórico los hechos consignados en documentos auténticos que paran en nuestro poder, del todo desconocidos en nuestra historia patria, y que constituyen la relación ó leyenda que de ellos hemos formado, hacemos esta publicación, alentados con la esperanza de despertar el deseo de ver publicados una multitud de hechos consignados en expedientes que yacen hacinados en los archivos, expuestos á desaparecer, por el estado de deterioro en que se encuentran y la naturaleza de la letra en que están escritos, que hace imposible su inteligencia para la generalidad de los lectores.

Sería muy conveniente que el Gobierno de la Unión dispusiese que los encargados de la custodia de los archivos nacionales no limitasen sus funciones á su arreglo y conservación, sino que sostuviesen una sección de historia en el *Diario Oficial*, salvando así el conocimiento de una multitud de hechos dignos de pasar á noticia de la posteridad, y haciendo más amena y popular la lectura del periódico de la Nación.

Otra consideración no menos importante es la de llamar la atención hacia las regiones desconocidas é inexploradas de nuestro país, habitadas por salvajes que, aunque en otros tiempos fueron objeto de solícita atención de los Gobiernos de la Colonia y de la República, hoy se les considera de interés secundario; y poco ó nada se hace en favor de esas tribus desheredadas de los beneficios de la civilización, que vegetan y crecen como rebaños cimarrones; siendo por su naturaleza feroz una amenaza constante á las nuevas poblaciones que se fundan cerca de los países que ellos habitan.

Las dos únicas veces que se han hecho esfuerzos para

contener á los indios del Opón en sus atrevidas irrupciones, fueron: la primera, doscientos catorce años hace, cuando se cumplieron los hechos que vamos á referir; y la segunda, el año de 1855, cuando el país se resentía aun de la ruinosa y torpe revolución de 1854.

Por informes de los Srs. Manuel María Zaldúa y Aquileo Parra, dió cuenta el Gobernador de Vélez, Sr. Ricardo Vanegas, en nota de 25 de Junio de 1855, número 24, al Secretario de Estado del Despacho de Gobierno, de las incursiones de los indios del Opón en el Carare, asesinatos cometidos por ellos en las nuevas poblaciones, y de las providencias que había dictado, sin autorización del Gobierno, el cual las aprobó bajo la firma del Secretario de Estado, Sr. Dr. Pastor Ospina.

El mismo Gobernador comunicó al Poder Ejecutivo, en oficio de 21 de Agosto del mismo año, las operaciones emprendidas, remitiéndole el informe de los Srs. Domingo T. Caro y Aquileo Parra acerca de su exploración, secundando la emprendida por el teniente Lorenzo Sarria, á la cabeza de medio batallón, en el territorio habitado por los indios.

Por último, con fecha 30 del mismo mes acompañó copia del informe del teniente Sarria, avisando haber encontrado á los indios cerca de una gran casa en la que se hallaron muchas hamacas, 2 000 flechas y otros objetos curiosos; como también cuadrúpedos y aves de monte domesticadas.

Después de una corta resistencia huyeron los indios, muriendo dos de éstos en la persecución, y tomándose uno prisionero de 17 años de edad.

El Secretario de Gobierno comunicó la aprobación de todas las diligencias con oficio de 1.° de Septiembre, número 8.°, encargando al Gobernador cuidar de la educación del joven prisionero.

Dedicamos este trabajo á los Redactores de *El Repertorio Colombiano,* esperando que se servirán darle acogida benévola, *no por su mérito literario,* sino por el de las noticias históricas *ue contiene.*

CECILIA

Ó LA

GUERRA DE LOS YAREGUIES.

I

La región conocida en los mapas corográficos de Colombia con el nombre de "Territorio del Opón," situada á la banda oriental del Magdalena, está hoy más desconocida é inexplorada que lo fuera en el siglo XVII, pues el 6 de Marzo de 1663 contaba ya con una población española fundada con el pomposo título de ciudad y con el nombre de "Yaragua," en las márgenes del río de igual denominación, á esfuerzos del capitán Francisco Matías Luque, quien, con esa constancia y valor admirables que distinguieron á los conquistadores, había dejado libre de enemigos la navegación del Magdalena, y después de descubrir el puerto del Opón, tenía poblada la nueva ciudad en virtud de estipulaciones asentadas con el Rey de España, por medio de su gobernador y capitán general Dionisio Pérez Manrique.

Veinte meses habían trascurrido desde el día de la fundación de la ciudad, y ya los pobladores habían beneficiado sus respectivos solares y terrenos, repartidos con equidad por el fundador, construyendo cómodas y elegantes casas que, aunque pajizas, formaban un conjunto simétrico conforme á un plan trazado científicamente.

El descuajo de las selvas había ensanchado el horizonte, reemplazándolas con plantaciones que crecían viciosas en

suelo feraz y privilegiado; divididas por hileras de árboles corpulentos, respetados por el hacha progresista á causa de sus beneficiosas condiciones.

Las veredas espaciosas partían en todas direcciones cubiertas por mullida grama, donde pacían los ganados fundadores de los futuros rebaños.

El prospecto no podía ser más lisonjero para aquellas familias que se congratulaban con la idea de llevar una vida patriarcal, y con el halago de un comercio pingüe y seguro, en la exportación de frutos obtenidos con tan corta labor y á tan mediano costo.

Si las exigencias físicas quedaban plenamente satisfechas para los moradores de la nueva ciudad, no lo estaban menos las necesidades espirituales, porque contaban con un templo decentemente paramentado, y el ministerio de un sacerdote ilustrado y virtuoso, el bachiller Gaspar Ramírez de Figueredo, nombrado canónicamente para ejercer la cura de almas en aquella población.

II

El fundador había trasladado allí su casa y familia. Componíase ésta de su esposa Doña Isabel Fuentes de Lobo, heredera de la nobleza de sus antepasados, pobladores de la ciudad de Vélez; de un hijo de 19 años, que secundaba con todo el ardor enérgico de la juventud las atrevidas empresas de su padre, y cuyo nombre no se expresa desgraciadamente en los documentos que nos han servido para relatar esta historia; su hija mayor, Ana, esposa del capitán Blas de Heredia, el que siguió á su suegro mancomunando con éste sus facultades y recursos; y por último su hija Cecilia, de edad de 17 años, que había ido á embellecer con sus encantos las selvas vírgenes y seculares del Yaragua.

Esta joven había llevado en su memoria un tesoro de recuerdos de la ciudad de su nacimiento, formando ese conjunto desbaratado pero siempre halagüeño de impresiones infantiles

confundidas inadvertidamente con las primeras sensaciones de la juventud.

Había retratada en su mente una imagen en cuya contemplación quedaban embargados en su mayor parte los momentos de dichosos sueños y de inocentes vigilias: era la de un joven amigo de su hermano político, el capitán Francisco Arias de Toledo, cuyas manifestaciones de distinción apasionada habían abierto á su alma un horizonte apacible y venturoso.

Estas esperanzas lisonjeras se fortificaban con las visitas periódicas de su pretendiente, quien, con estos repetidos viajes, se había hecho práctico en el camino trazado en las montañas por el capitán Luque, desde Vélez hasta la nueva ciudad.

Tanto los padres como los hermanos de Cecilia veían con placer estrecharse estas relaciones, porque las prendas del amigo de Heredia constituían las de la futura felicidad de la hija querida y de la distinguida hermana.

El joven Arias Toledo contaba apenas cuatro lustros, y había hecho ya una carrera gloriosa llena de merecimientos, distinguidos por grados y condecoraciones que servían de realce al mérito personal que lo adornaba.

En las recomendaciones que de él se hicieron se lee: " Desde la edad de 14 años sirvió en los Reinos de España en " los ejércitos de Badajós, ejecutando acciones distinguidas de " valor en la toma de diez y siete lugares. Terminadas estas " facciones, tomó servicio en la Armada Real, en la cual sirvió " tres años con muchas ventajas y puestos de honor, y después " vino á servir en la Armada Real de Galeones de la Carrera de " las Indias."

Habiendo venido á este Reino sus padres D. Francisco Arias de Toledo y Doña Sebastiana de Medina y Campo, personas nobles y principales, y establecídose en la ciudad de Vélez, se les reunió allí su hijo, y contrajo las relaciones que dejamos *apuntadas.*

III

Al servicio de esta familia se encontraba una india cuya historia vamos á referir brevemente.

Consta de documentos auténticos que el capitán Juan Fuentes de Lobo sirvió generosamente en la guerra contra los Indios Yareguíes en todas las entradas que hizo el capitán Benito Franco, y socorrió al capitán Diego Ruiz de la Peña en una horrorosa guazabara. En ella no solamente recibió dos heridas de flecha en el brazo, que le dejaron manco, sino que tuvo la desgracia de ver caer muerto á su lado al hijo querido que le acompañaba.

En la tarde del día en que tuvo lugar aquel combate, y en ese estado de desesperación é inutilidad, quedó solo el capitán Fuentes, sufriendo la pena de dejar insepulto el cuerpo de su hijo. Ya la noche se acercaba y nada se atrevía á resolver, atormentado por el dolor de las heridas, y la expectativa de un asalto de los enemigos, que aunque derrotados, atacaban de nuevo favorecidos por los árboles, contando con el conocimiento del país y con su agilidad y ligereza. Ya se resolvía á partir, cuando oyó á corta distancia el llanto de una mujer; se dirigió al sitio en que ésta se encontraba, y halló una joven india que cavaba con un palo la tierra, mientras su vista se fijaba en el cadáver de un indio anciano tendido á su lado.

El Capitán había aprendido algunos términos del idioma de aquellas tribus, y no le fué difícil entender y hacerse comprender. En pocas palabras supo que aquel cuerpo era el del padre de la joven, muerto en la guazabara, y que ésta quedaba en completo desamparo. Con algún esfuerzo y molestia terminaron en la oscuridad aquel trabajo, y sepultaron juntos los dos cadáveres, confundiéndose en la tierra las lágrimas del padre y de la hija.

Mucho se esforzó el Capitán para convencer á la joven de que no debía abrigar temor alguno en seguirle, y para hacerla mar esta resolución le prometió por los manes de su hijo, que

la volvería á conducir al mismo sitio, si no quedaba satisfecha y contenta con lo que le iba á regalar y hacerle conocer.

La noble presencia del Capitán, y el tono de dignidad que daba á sus palabras, inspiraron confianza á la desamparada, quien siguió á su nuevo protector con la sumisión y afecto de hija, hasta Vélez, en donde los cuidados y lecciones de la familia de Fuentes trasformaron el carácter de la joven, y más tarde, instruída en las verdades de la Religión, recibió el bautismo con el nombre de Francisca, olvidó del todo su origen, y pagó con sus servicios las atenciones y enseñanza recibidas en aquella casa cristiana. Cuando llegó el año de 1643, tuvo lugar el matrimonio de la hija del capitán Fuentes con el capitan Luque, y Francisca siguió á su señorita al nuevo hogar, con tanta decisión, afecto y fidelidad, que ésta descargó en ella con la más completa confianza una gran parte de los quehaceres de la casa.

El cuidado y aprecio con que trató á los hijos del capitán Luque la hicieron considerar por éstos, y por sus padres, como miembro importante de la familia.

Tal era Francisca, la huérfana recogida en las selvas del Opón.

IV

Los paseos favoritos de Cecilia eran á lo largo de las riberas despejadas del Yaragua; á no ser en los días en que esperaba la llegada de su amante, anunciada en una expresiva carta con alguna anticipación, porque entonces cambiaba la derrota y se encaminaba á la "Boca de la montaña" ó término de las labranzas.

En una tarde en que había crecido su agitación por ser día señalado para la deseada visita, tomó la dirección del camino de la montaña, acompañada de Francisca. No satisfecha con esperar en el campo descubierto, adelantó su paseo por ella, admirando su majestad y el tamaño y formas caprichosas de los *enormes troncos*; las parásitas que sobre ellos crecen y los

multiplicados y variados bejucos que descienden verticales desde las copas de los árboles, como las cuerdas de un campanario. Distraída por los ruidos misteriosos de la gigante selva, en que se confunde el canto de las aves con el grito de los cuadrúpedos, traducidos muchas veces por la imaginación sobrecogida como sonidos de la voz humana, no advirtió que el sol se había ocultado, y que las nubes, condensadas hacia el Occidente, festinaban la oscuridad de la noche.

Apenas acababa Francisca de indicarle que era tiempo de volver á casa, cuando sintieron cerca pasos precipitados. Aterradas con la sospecha de que fuera el temible jaguar que las acechaba, se interrogaron mutuamente con la mirada, y al mismo tiempo oyeron un grito entrecortado, que Cecilia tradujo por una carcajada, y Francisca reconoció ser exclamación de sorpresa agradable y signo de admiración de algún salvaje. Asidas de la mano se lanzaron á la salida de la montaña; pero quedaron consternadas al encontrar allí un indio en actitud de cerrarles el paso. Los ojos de Cecilia se oscurecieron, y una sensación de pavor enfrió y paralizó todos sus miembros. Francisca pudo rehacerse primero, y haciendo un esfuerzo para no dejar conocer la emoción que la embargaba, dió á su voz una entonación natural y preguntó al indio qué pretendía. Este, antes de responder, fijó los ojos en Cecilia y por una señal hizo comprender á Francisca que calmara la agitación de la joven. En seguida dobló una rodilla, y levantando su mirada al cielo, principió á hablar con tal vehemencia, que los temores de Cecilia, en vez de calmarse, cambiaron de naturaleza por nuevos motivos que instantáneamente pasaron por aquella imaginación impresionable y viva.

Fué tan expresivo como rápido el discurso del indio, porque, con sorpresa de las circunstantes, le vieron alzarse, levantar la mano hasta la frente, y de un salto desaparecer de su vista, del lado de la montaña.

Antes de poder comunicarse sus impresiones, las detenidas habían salvado ya más de la mitad de la distancia que separaba

la ciudad de la montaña; fué entonces cuando Francisca, en su calidad de intérprete, refirió á Cecilia textualmente las protestas de seguridad y protección que hacía el indio respecto de los moradores de la ciudad, y con especialidad de la persona de Cecilia, poniendo á los astros por testigos de que él no participaba de las siniestras intenciones de su padre, jefe de los guerreros, de asaltar la ciudad y sacrificar á todos sus habitantes.

V

Tan luégo como llegaron, refirieron al capitán Luque lo sucedido, quien, á pesar de estar prevenido para todo evento, y de las precauciones que como experto militar había adoptado, se preocupó con aquella revelación y resolvió convocar á su casa al bachiller Ramírez y á algunos de sus tenientes, para conferenciar con ellos sobre tan grave asunto; lo cual tuvo lugar inmediatamente, reuniéndose en la misma sala de la familia.

El Capitán manifestó en breves palabras los hechos ocurridos, y estaba exponiendo su plan de defensa, cuando fué interrumpido por el alarma que despertaron en todos los de la casa recios y repetidos golpes en la puerta. Tan luégo como ésta se abrió, entró precipitadamente un mozo, y con voz entrecortada por la agitación, refirió á los circunstantes que acababan de oírse dos detonaciones de armas de fuego, y gritos de guazabara hacia la "Boca de la montaña."

Una exclamación de terror lanzada por Cecilia reveló á los circunstantes lo que en su interior sufría con semejante noticia, puesto que Arias Toledo debía de haber sido atacado por los indios.

El capitán Luque ordenó el toque de alarma, y el de rebato el bachiller Ramírez; saliendo todos precipitadamente á tomar las armas y dirigirse al sitio señalado.

La familia del Capitán, congregada en la sala de la casa, esperaba con ansiedad el resultado del conflicto. Habían principiado Cecilia y su madre á comunicarse sus conjeturas, cuan-

nocieron con gozo al joven esperado, á quien, sin contestar el saludo, abrumaron á preguntas sobre su estado particular, y los inmediatos riesgos de un ataque. Después de calmar á Cecilia, asegurándole que no tenía lesión alguna, y persuadir á la madre de que se había alejado el peligro, dispuso dar este aviso al Capitán, quien, al recibirlo, limitó sus órdenes á una completa vigilancia de parte de la guardia de servicio.

Reunido nuevamente el Consejo, quedaron los que le componían más ilustrados con la relación de Arias Toledo, hecha en los términos siguientes:

—Detenido por más de dos horas por la fuerte avenida del Toroa, me fué imposible rendir la jornada en el tiempo calculado, sorprendiéndome la noche en lo más espeso de la montaña. Poco antes de llegar á la salida, oí voces confusas, y no pudiendo distinguir en ellas palabra alguna de nuestro idioma, comprendí que me era forzoso afrontar una celada. Para no dejar comprender temor alguno, aceleré, más bien que disminuír, el paso de mi caballo. Ya distinguía los bultos que se movían y agitaban en el paso obligado de la "Boca de la montaña," cuando pasaron zumbando varias flechas por encima de mi cabeza.

Avancé sobre el grupo amenazando con mis pistolas, y ya iba á hacer uso de ellas por ver tendidos hacia mí diez arcos, cuando oí detrás de ellos un grito que debió ser de orden, porque todos se bajaron, y vi adelantarse por en medio de aquella fila á un indio que impuso con la mano quietud á sus compañeros, y apartándolos á los lados dejó libre el camino, invitándome por señas para que pasase sin recelo alguno.

Adelánté, dispuesto á hacer fuego á la menor señal de ataque, y quedé sorprendido cuando me hallé en lo llano y con el libre manejo de mi caballo. Me volví hacia el silencioso grupo, y con movimientos de la mano procuré hacer comprender al jefe mi reconocimiento por acción tan generosa. Este se acercó y señalando mis pistolas me indicó que deseaban verlas descargar. Aunque sospeché una traición con semejante exigencia, no

vacilé en acceder á ella, y disparé al aire los dos tiros, los cuales hicieron prorrumpir á los salvajes en exclamaciones de aprobación; lo que se ha tomado por una guazabara. Seguí en la dirección de la ciudad, pero deteniéndome con frecuencia en actitud de asecho, para observar si los indios me seguían, hasta que, convencido de lo contrario, apuré el paso para calmar el alarma difundido en la ciudad.

Esta relación aumentó el interés y la curiosidad de todos respecto de la conducta del indio, pues no vacilaban en suponer que era el mismo que le había ofrecido seguridades á Cecilia.

Por último resultado se convino en que se emplearían todos los medios pacíficos y prudentes para ganar la confianza de aquel jefe, que se hallaba, por cualquier motivo, tan generosamente dispuesto en favor de los cristianos.

Por algunos días alimentaron las conversaciones de los habitantes los hechos que acabamos de referir, los cuales tuvieron lugar el lunes 20 de Febrero de 1663.

VI

En los tres días que permaneció D. Francisco Arias de Toledo al lado de Cecilia, quedaron ratificadas sus mutuas promesas, con la fijación del día 20 de Abril próximo para celebrar su apetecido enlace, y practicándose por el bachiller Ramírez las informaciones del caso.

¡ Con cuánto placer departían sobre sus pasadas inclinaciones y proyectos de felicidad, ya sentados á las márgenes del Yaragua, ya bajo los jazmines que en forma de emparrado había sabido cultivar la delicada mano de Cecilia, á la entrada de la casa !

En aquellas horas de intimidad amorosa, Cecilia se hacía referir los lances y situaciones que tanto habían enaltecido á su joven amante en tan diversas campañas; pagando con suspiros y lágrimas la satisfacción de escucharlas; desahogando siempre sus emociones con regaños mal disimulados, que llena-

Al terminar Arias de Toledo una de esas relaciones, referida con la naturalidad y modestia que caracterizan á los valientes, no pudo Cecilia dejar de revelarle sus egoístas impresiones, diciéndole:

—Me sorprende, Francisco, que hubieras podido dejar la Europa sin experimentar los efectos del amor, nacido de tantas miradas de distinción con que naturalmente te singularizaron muchas jóvenes, arrebatadas por tus hechos y mérito, y que hayas venido á recibirlas en América, sin ambicionar más premio á tus merecimientos que mis pobres condiciones.

—Esas observaciones, contestó Arias de Toledo, sientan bien á tu modestia, y confirman la esperanza de mi felicidad á tu lado. En mi corta pero agitada carrera pública he gozado las impresiones que tanto halagan á los hombres en su ambición de gloria; pero también he podido descubrir que esas satisfacciones embriagadoras van mezcladas siempre con el veneno que llevan consigo pasiones viles, disfrazadas con los nombres de rivalidad ó emulación. He vislumbrado igualmente en el final de esa carrera, el cortejo de desengaños y muestras de ingratitud y desconocimiento; por eso bendigo la hora en que te conocí, Cecilia mía, porque con tu amor has fijado mis aspiraciones á los dulces é imperecederos goces del corazón; brindándome, en una vida sosegada, los encantos de tu ternura, y tus cuidados.

—Cuánto te agradezco, replicó la joven, el sacrificio que has hecho, y que no aprecias, de tu glorioso porvenir, en aras de mi afecto. Dios quiera que tu Cecilia pueda corresponder á las esperanzas que en él has fundado, y bendecir las puras intenciones con que deseo pagártelo.

Este diálogo fué interrumpido por la presencia del Capitán, el cual venía á comunicarles su proyecto de viaje á la capital del Nuevo Reino.

La falta de cumplimiento por parte de algunos de los en*ganchados por el capitán* Luque para ir á poblar la nueva *ciudad, quedándose* en Santafé, después de recibir avances,

futuro yerno hasta la ciudad de Vélez. Como á su lugar-teniente, dejó encargado el REAL á su hijo político D. Blas de Heredia.

Excusemos hablar de las recomendaciones recíprocas que tuvieron lugar el día de la partida: baste decir que, conforme al orden providencial, ninguno abrigaba temores por el porvenir; preocupándose cada uno con las obligaciones impuestas. Así el Capitán veía en su viaje la realización de sus planes para contraer méritos á los ojos del Rey, con el cumplimiento, por su parte, de las estipulaciones asentadas para la fundación de su ciudad; y el joven Arias de Toledo partía llevando en su memoria la fecha señalada, y en su alma la imagen de Cecilia.

La intensidad de las miradas de los dos amantes al tiempo de despedirse, hubiera podido traducirse siniestramente por alguno de esos genios extraviados, que dan asenso á ciertas preocupaciones vulgares, negándolo á las verdades del orden intelectual y moral, porque viven tan sólo de la materia.

Cecilia siguió con la vista á los dos viajeros hasta una gran distancia, viendo por último levantar el sombrero del joven para decirle adiós, y la mano del padre para bendecirla, y batiendo su pañuelo en demostración de inteligencia, entró á su casa con el corazón oprimido por las poderosas sensaciones del amor y el reconocimiento.

En la tarde de ese día se dirigió Cecilia á la "Boca de la montaña" con las precauciones que son de suponerse, observando las huellas de los caballos en que habían partido su padre y su novio, y al llegar al árbol tan conocido, por haber pasado á su pie tantos ratos de soledad meditabunda, y de feliz compañía con su amante, descubrió en el hueco de su tronco un papel que pronto reconoció ser una hoja arrancada de la cartera de éste, que ella tanto conocía, y halló escrito lo siguiente:

En esa fecha ventura
Que he grabado en mi memoria,
Se recopila una historia

Es final de nuestra ausencia,
De nuestra dicha el comienzo,
Y con ella lucho y venzo
Los motivos de sufrir.

— —

Mientras que llega, Cecilia,
Esa fecha venturosa,
En que te llame mi esposa
Con orgullo y con placer,
A ti quedan consagrados,
Con mi amor y juramentos,
De ese plazo los momentos,
Idolatrada mujer.

———

Dejo intérpretes seguros
De mi amor y mi constancia
En las flores de tu estancia
Y de tu lindo pensil,
Que las brisas de estas selvas,
Al susurrar en tu oído,
Te lleven mi adiós sentido
Y digan VEINTE DE ABRIL.

Al terminar la lectura, rodaban lágrimas de felicidad por las mejillas de la joven; dobló con efusión el papel, y lo llevó á su casa para guardarlo en lugar privilegiado.

VII

Sigamos á los viajeros hasta Vélez, en donde el Capitán *acabó sus arreglos* de marcha y continuó su camino, dejando al *joven entregado á los* preparativos de su próximo enlace. Llegó *á Santafé á principios de* Marzo y presentó inmediatamente su

D. Diego Egüez de Beaumont, cuyas resoluciones, insertas en los documentos de los cuales hemos extractado estas noticias, no dejaron satisfechas las esperanzas del Capitán, por su carácter de dilatorias, puesto que se le decía que ocurriera á las justicias de la provincia de Guane. El día en que se le notificaba la última de estas resoluciones era el 6 de Marzo, fecha que marca todo el interés de esta historia, como se verá adelante.

No valieron al Capitán sus importantes relaciones en la capital para que se alterasen los superiores decretos, y hubo de resignarse á regresar á Vélez, para intentar de nuevo sus gestiones, en obsequio de su reputación comprometida. En tal situación lo dejámos para volver al Opón, y veamos los hechos que tuvieron lugar en su ausencia.

Los temores de un asalto de parte de los indios guerreros se aumentaron desde el día en que se ausentó el capitán Luque, con la presencia de un indio en distintos sitios y á diversas horas, en actitud de observación, el cual fué ahuyentado por los soldados, contra las órdenes de Heredia, que suponía fuera el hijo del jefe de los Yareguíes, con quien deseaba contraer relaciones amistosas.

Tanto Cecilia como Francisca traducían la conducta del indio por interés apasionado hacia la primera, y no se atrevían á aventurar prueba alguna, para no lastimar el corazón del salvaje con cualquiera manifestación de desprecio, ni mucho menos alentar, con el más leve signo, esperanzas de imposible realización.

El bachiller Ramírez resolvió despejar por su cuenta la situación, y acompañado por uno de los tres indios Yaraías reducidos, traídos por el capitán Luque del puerto de Ocaña, se dirigió el día 6 de Marzo á la "Boca de la montaña," con intención de hospedarse en una pequeña casa que en sus inmediaciones había construído uno de los pobladores.

El capitán Heredia había hecho levantar un reducto con tierra y madera, delante de la casa en que se hallaba acuartelada

la guardia, y mantenía por la noche numerosos centinelas, apostados en los puntos que consideraba de mayor importancia.

En la noche del citado día permaneció con la familia hasta las diez, esperando el regreso del Bachiller. Alarmado con la demora de éste, dió sus instrucciones en la casa, estableciendo señales de aviso para comunicarse, y fué á pernoctar en el cuartel.

VIII

La noche estaba serena, el cielo despejado y la diafanidad de la atmósfera permitía que la luna, iluminada en la mitad de su disco, alumbrara distintamente todos los objetos. Las nubes, replegadas sobre las cimas de las lejanas y elevadas cordilleras, rielaban en sus contornos los apacibles rayos. Las hojas de las plantas no eran movidas por la más leve brisa, y podían sostener las abrillantadas gotas de la reciente lluvia.

En aquella región no queda en silencio un solo instante la naturaleza, y las distintas especies de insectos alternan día y noche con su canto, como un arrullo al alternado sueño de los demás seres vivientes que la pueblan.

En la contemplación de todo esto se encontraba el capitán Heredia, sentado en un banco cerca de la puerta del cuartel, cuando vió levantarse recta y espesa una columna de humo sobre la casa del ángulo opuesto de la plaza; púsose de piés sobresaltado, y se dirigió hacia aquel punto para averiguar la causa: apenas había dado algunos pasos, oyó los gritos de ¡ fuego ! ¡ fuego ! ¡ socorro ! acompañados de llantos y lamentos que despertaron á la mayor parte de los habitantes. Volvió al cuerpo de guardia y, dando la voz de alarma, dispuso que le siguieran todos los soldados disponibles, dejando encargada la custodia á su hermano político.

La consternación y espanto crecían en todos los ánimos con el aspecto siniestro del incendio, y con los gritos confusos de hombres, mujeres y niños, presintiendo todos alguna terrible desgracia.

En vano se esforzaba el Capitán en calmar aquella agitación é imponer silencio, desde la cubierta de la casa incendiada, á donde había subido con sus hombres para cortar el fuego. Su enérgica é imponente figura quedaba envuelta por momentos entre los remolinos de humo, ó se destacaba sobre el fondo brillante y deslumbrador de las llamas.

Una explosión más fuerte que el estruendo de una mina, ó el estallido del trueno, hirió los oídos, y colmó el espanto de los que formaban aquel grupo desgraciado :—era el grito uniforme y destemplado de mil y mil voces salvajes, con que se animaban para el terrible asalto los feroces Yareguíes, que ocuparon repentinamente en columnas cerradas la plaza de la ciudad. A este grito siguió el producido por efecto de una descarga de flechas sobre la gente inerme, ocasionando nuevos ayes de dolor causados por las heridas. Aquella multitud, oprimida cada vez más por los esfuerzos que hacía para ocupar su centro, presentaba un blanco favorable á los tiros del enemigo, que cargaba de cerca con sus armas arrojadizas. Las detonaciones de las de fuego en el ángulo opuesto de la plaza probaban al capitán Heredia que la guardia se defendía en la puerta del cuartel. Las imágenes de su desconsolada esposa y de su tierno hijo cruzaron por su mente y lo estimulaban á volar al socorro de su familia ; pero el sentimiento del deber lo llamaba en auxilio de sus compañeros. Así fué que, descendiendo de un salto, se lanzó con espada en mano sobre la columna enemiga, difundiendo con su arrojo la consternación y la muerte entre los indios que le rodeaban. Tan luégo como atravesó la triple fila, dió frente al enemigo, y con paso hacia atrás procuró acercarse al cuartel. Reconocido por dos de sus compañeros, armados de alabardas, fué protegido por ellos en su gloriosa y singular retirada hasta la puerta, en donde resolvieron morir antes de que los indios pudieran ganarla.

La carnicería sobre los habitantes fué tan terrible y completa, que en pocos momentos no se oía más que los gritos

de los salvajes, quienes, á falta de seres vivos, descargaban sus golpes sobre los cadáveres.

Dejemos al Capitán combatiendo desesperadamente, acompañado por siete valientes que le quedaban; recibiendo y devolviendo heridas, sin cejar un paso de la posición sostenida, y traslademonos á la casa ocupada por la familia del capitán Luque, cuya situación en aquellos momentos es indescriptible.

Desde el principio del conflicto se recogieron en la sala de la casa todos los habitantes de ella, procurando Cecilia y Francisca inspeccionar desde las ventanas lo que ocurriera en la plaza. A la irrupción de ésta por los indios vieron adelantarse hacia ellas una partida que formó delante de la casa en actitud de impedir la salida. El Jefe pasó tan cerca de la ventana en donde se encontraban, que ambas reconocieron al hijo del jefe de los guerreros, apostado en la "Boca de la montaña." Todas confirmaron sus sospechas respecto de las intenciones del indio de adueñarse de Cecilia, y resolvieron sin vacilar que la joven se pusiese en salvo saliendo al campo por un pequeño hueco practicado en el cercado que cerraba la huerta, á espaldas de la casa. En menos tiempo del que se empleó para comunicarse esta idea, tuvo lugar su realización, desapareciendo de su vista Cecilia sin la más leve señal de despedida.

La madre de Cecilia mantenía en los brazos y estrechaba contra el pecho á su nieto, de edad de cinco meses, mientras su otra hija, Ana de Luque, esposa de Heredia, se hallaba postrada y casi enajenada, delante de una imagen de la Virgen Santísima.

De pronto llegaron á sus oídos las voces de los combatientes, entre las cuales distinguió la de su esposo. De un salto convulsivo se levantó, corrió á la puerta y se hubiera lanzado en medio del combate, si el indio singular no la hubiese detenido con maneras respetuosas. Ana cayó de rodillas delante de él, suplicándole que salvara la vida de su esposo: sus palabras fueron traducidas por Francisca, lo mismo que las que pronunció *el indio, con* una mirada de compasión, ofreciendo acceder á

esta súplica. Acercóse éste á uno de sus conpañeros; pronunció en su oído alguna palabra y corrió hacia la puerta del cuartel, dando voces al parecer de mando, porque las filas se abrían á su paso.

La llegada del indio fué interpretada por el hijo del capitán Luque como una nueva amenaza, y acestando su arcabuz al pecho de éste, disparó por última vez. La bala atravesó el corazón del indio, que cayó tendido y muerto á los pies del capitán Heredia, quien no tuvo tiempo de saber el noble motivo que allí lo llevaba, porque recibió un golpe de maza que le abrió el cráneo, y cayó sin vida sobre el cadáver de su protector. Este espectáculo exasperó la rabia de los asaltantes, y dieron muerte inmediata á Luque y á los últimos soldados que le acompañaban.

Impuesto el jefe de la muerte de su hijo, ordenó el saqueo, y dar muerte á los cristianos que aun vivieran, sin distinción de personas. Entonces se le acercó el indio á quien había hablado en secreto el hijo del jefe, y sigilosamente le comunicó las órdenes que había recibido, las cuales no debieron ser otras que las de protección, pues el mismo jefe fué á hacer comprender á la familia del capitán Luque que sería respetada y podría salir de la ciudad; pero la esposa de Heredia no quiso verificarlo sin sepultar personalmente el cadáver de su esposo, lo que consiguió auxiliada por algunos de los salvajes á quienes comprometió Francisca, mediante varios regalos.

Emprendieron el viaje triste y desolador Doña Isabel, Ana y Francisca con la esperanza de encontrar á Cecilia en la "Boca de la montaña," protegida por el bachiller Ramírez; pero su sorpresa y desconsuelo no tuvieron límites cuando llegaron á aquel sitio sin encontrar á nadie, y sin tener á quién preguntar por la joven fugitiva. Su primera resolución fué volverse á la ciudad y no partir sin Cecilia; pero un presentimiento de nuevas desgracias las obligó á aventurarse en aquellas selvas, con la remota esperanza de poder llegar á Vélez, sostenidas por el valor y consejos de Francisca.

IX

¿Qué había sido del Bachiller durante aquella noche desgraciada? Su primer pensamiento, al oír las detonaciones y gritos de espanto en la ciudad, y al presenciar el incendio, fué ir en auxilio de sus feligreses y correr su misma suerte; pero fué detenido por el indio que le acompañaba, quien le hizo presente la inutilidad de semejante paso en aquel estado de consternación; diciéndole que emplearía la fuerza para evitar lo que él calificaba de imprudencia.

Desde mucho antes de amanecer había cesado todo ruído en la ciudad, y apenas se veía el humo que se levantaba á intervalos de los restos de las casas derribadas por el incendio.

La luna se había ocultado ya tras la cordillera central, y las primeras ráfagas del nuevo día marcaban los picos de los elevados páramos hacia el oriente, cuando el bachiller Ramírez envió á su compañero en exploración á la ciudad, para que cautelosamente se impusiese de lo acontecido y regresase lo más pronto posible.

La multitud de pensamientos lúgubres que pasaron por la mente del sacerdote le hicieron pronunciar unas cuantas oraciones condicionales en favor de los vivos, y en sufragio seguro de los muertos.

Con la vista fija en el recodo del camino por donde había desaparecido su enviado, lo atemorizaba lo mismo su tardanza que su pronta vuelta.

Así permaneció hasta que la claridad fué completa. Ya determinaba el Bachiller seguir también en exploración á la ciudad, cuando vió venir hacia él precipitadamente á su compañero, quien por señas le invitaba á salir á su encuentro. Montó en su mula á toda prisa, y cuando estuvo tan cerca del indio, de suerte que éste pudiera hablarle en voz muy baja, escuchó la noticia de haber visto atravesar el camino á un indio que llevaba en sus brazos á una mujer al parecer desmayada, la que por su traje no debía ser otra que Cecilia.

Sin dar lugar á otra reflexión, y convencido el Bachiller de que el raptor de Cecilia era el indio á quien buscaba, resolvió seguirlo y ordenó al práctico que marchase adelante, indicándole la dirección que debían tomar.

Recorrieron una gran distancia siguiendo las huellas, hasta que éstas se confundieron con otras y se convencieron de la inutilidad de su intento. El grito de :—¡ Cecilia !—dado por el sacerdote con toda la fuerza de sus pulmones era devuelto confusamente por los ecos de la montaña.

Largo rato permanecieron en completa quietud y en profundo silencio, con la esperanza de oír algo que los sacara de su indecisión angustiosa. Percibían únicamente un retumbo semejante al producido por un continuado cañoneo, y el revuelo de los pájaros en el espeso follaje. De tiempo en tiempo movía el indio la cabeza en señal de desesperación, lo que conturbaba más al sacerdote, obligándole al fin á preguntarle el motivo de aquellas demostraciones. El Yaraía le hizo observar la oscuridad de la montaña producida por la de la atmósfera, anunciándole una pronta y violenta tempestad. Abdicó el Bachiller toda su dignidad y facultades de mando, y se puso á las órdenes de su compañero para arrostrar las calamidades que les amenazaban. Apenas contaron con el tiempo necesario para desensillar la mula y arrimarse á un tronco, escogido por el indio, cuando un violento huracán empezó á sacudir los encumbrados árboles, haciendo crujir sus ramas y ocasionando el descenso de los despojos contenidos en sus copas. El rimbombo del trueno repercutido en aquellas selvas, y el ruído de la lluvia que se acercaba, semejante al bramar de los torrentes, predispusieron al sacerdote para entregarse á meditaciones serias y profundas que, abstrayéndolo de los peligros materiales, le hacían recorrer imaginarias y desconocidas regiones. Bien pronto el aguacero, acompañado de rayos, azotando con fuerza las ramas que los cubrían, se hizo paso por entre ellas aumentando la magnitud de las gotas y ensanchando el suelo movedizo formado por la espesa hojarasca.

La falta de alimento y la imposibilidad de conseguirlo agravaban los motivos de angustia que los cercaban.

Aun no había cesado del todo la lluvia cuando resolvieron regresar y reconocer el campo del desastre ; y á pesar del temor de un encuentro con los indios, se dirigieron á la ciudad, á cuyo aspecto quedó consternado el Bachiller por los muchos y deformes cadáveres que encontró en ella.

En la revista mental de sus feligreses notó la falta de las personas que por los motivos apuntados no se encontraban entre estos cuerpos insepultos, y se entregó á mil conjeturas contradictorias que aumentaron su confusión y espanto. Bien hubiera querido, como hombre misericordioso, y á imitación de Tobías, sepultar en una fosa común los restos de sus hijos en Jesucristo; pero no fué apoyado por el indio su compañero, quien, por el contrario, le suplicaba que abandonaran un lugar tan peligroso como aquél, en el cual podrían de un momento á otro ser sorprendidos y aumentar el número de cadáveres.

Entre las dos vías que tenían á su elección para emprender el obligado viaje, la una terrestre por las montañas, y la otra fluvial hasta algún puerto habitado del Magdalena, ambas con sus respectivos peligros, escogieron la última y confiados en la habilidad del Yaraía se aventuraron en una pequeña canoa, sin provisiones de ninguna especie, y sin otro pensamiento que separarse de aquel lugar en que reinaban la desolación y la muerte.

X

Internadas en la montaña las desgraciadas fugitivas, caminando descalzas, hundiéndose frecuentemente en el lodo, y sufriendo la doble lluvia del follaje en la estación del invierno, pudieron calcular por la primera jornada que no podrían verificar su salida en menos de diez días, teniendo, por consiguiente, en expectativa, el hambre, el cansancio y las enfermedades, sin contar los peligros naturales del encuentro de fieras y el paso de las [illegible]

El silencio era absoluto en las viajeras; no se atrevían á interrumpirlo sino para hacer indicaciones respecto de los inconvenientes que impedían la marcha, ó pronunciar palabras de aliento, aunque en el interior no se encontraban motivos para apoyarlo. El nombre de Cecilia no se pronunciaba, por temor de destruír la ilusión abrigada con placer de que se encontraría al lado de virtuoso Sacerdote, quien haría por ella lo que su madre y su hermana no podían ejecutar en aquellas circunstancias.

Ana devoraba su profundo pesar sin dejarlo conocer á su afligida madre, por cuya salud temblaba considerando tantos elementos conjurados para quebrantarla.

Doña Isabel sufría colectivamente, y preveía con la ruína de su esposo, un porvenir más desgraciado para sus hijas.

Sólo Francisca conservaba la energía de su naturaleza robusta, y la ponía llena de buena voluntad al servicio de sus señoras, á quienes debía la corta pero suficiente educación que había recibido y la delicadeza de sus sentimientos.

Pasaban las noches medio reclinadas entre las ramas y plantas que podían allegar, partidas ó arrancadas trabajosamente por sus débiles y delicadas manos, fingiendo en las primeras un sueño que estaban muy lejos de poder conciliar, á pesar de la fatiga.

Las pocas provisiones que sacaron de su casa con tanta ligereza como imprevisión, conducidas en corta cantidad entre pañuelos, se agotaron por completo á los tres días, á pesar de las precauciones que adoptaron para tasarlas.

La jornada del 11 de Marzo fué más corta y trabajosa, por las frecuentes detenciones causadas por el cansancio y la fatiga, y porque ya las fuerzas empezaban á desfallecer, por falta de alimento.

Al amanecer del día 12 se complicó la situación de estas desgraciadas, por la dificultad y dolores que experimentaba Doña Isabel al caminar, haciendo esfuerzos supremos para no quejarse y disimular el entorpecimiento de sus miembros. El llanto del

niño no había cesado en toda la noche, aumentando los temores de que las fieras se presentaran atraídas por él. Ya la madre estaba convencida de que nada había encontrado su hijo al comprimir con sus ardientes labios el exhausto pecho, y veía palidecer y consumirse por momentos aquel botón de la más cara flor de su existencia.

En la tarde de aquel día encontró Francisca afortunadamente un pequeño panal de abejas cargado de miel, la que chuparon con placer y quizá con exceso, participando el niño de esta satisfacción.

A la madrugada del 13 se calmó el llanto del pequeño enfermo para convertirse en un quejido débil y tenaz, que llevó á su colmo el desconsuelo de la tierna madre.

La desesperante pero invencible lentitud de la marcha en aquel día alejó de tal modo las esperanzas de salir de aquellos desiertos, que las palabras de ánimo se trocaron en plegarias de conformidad y resignación cristianas, como preparativo de una muerte inevitable y próxima. Por la noche se entorpecieron las facultades mentales de las viajeras, entregadas á un sopor acompañado de sobresaltos.

La vigilia de Ana era completa, porque medía con los latidos de su corazón los del de su hijito, escuchando la agitada respiración de éste, hasta que sintió un estremecimiento general de su pequeño cuerpo, que terminó con una débil dilatación de todos sus miembros. La madre, enajenada, aplicó su boca á la de su hijo para buscar en ella algún aliento de vida, y sólo halló la certidumbre de su muerte. Su primer ímpetu fué el de desahogarse con gritos de dolor, pero se reprimió por consideración á su madre, quien, á pesar de la debilidad y postración, notó algo de su agitación, y le pidió el niño para ayudarle en este cuidado y prodigarle sus caricias. La negativa con excusas de Ana suministró á Doña Isabel el convencimiento de lo que presentía, y ambas dieron suelta al llanto, acompañado por el de la fiel Francisca, quien suplicó se le concediera el encargo de llevar el cuerpo del niño hasta el sitio en que sus señoras dispusieran

sepultarlo, y lo envolvió en grandes hojas sostenidas por bejucos.

Continuaron su marcha el 14 con las mismas, si no mayores penalidades, hasta que llegaron á un torrente invadeable, que corría entre elevadas peñas, sin otro paso que un puente colgante de bejucos, cuya oscilación producida por el viento causó vértigos á Doña Isabel antes de llegar á él. Ensayó Francisca su paso, probando la resistencia de los bejucos que constituían el piso y pasamano, y convencida de que prestaban seguridad, propuso que se vendase á Doña Isabel y ella la pasaría cargada ; lo que se verificó sin el más leve inconveniente, pasando Ana sin auxilio extraño, á pesar de su debilidad. El haber vencido esta dificultad reanimó el ánimo y las fuerzas de la enferma, en términos de poder sostener un paso igual en una distancia considerable.

Ya el sol del día 15 se había levantado algunos grados sobre el horizonte, cuando Ana y Francisca, que esperaban la voz de marcha de Doña Isabel, como hasta entonces había sucedido, oyeron de la boca de ésta la terrible súplica de que la dejaran allí, y continuaran ellas su camino para salvar su vida, puesto que la necesidad era la que exigía este abandono. La parálisis se había declarado, y sus piernas entumecidas carecían de movimiento.

Las palabras de Ana, tan dulces y respetuosas para su madre, fueron ahora dirigidas con cierta aspereza de reconvención por semejante propuesta, mientras Francisca partía palos para construír una barbacoa en forma de andas, para conducir á la enferma. En esta operación emplearon la mayor parte de la mañana. Colocaron á Doña Isabel, y á sus pies el pequeño lío que encerraba el cuerpo de su nieto, y anduvieron las cargueras más de dos leguas en el resto del día, con repetidas detenciones para descansar, por súplicas de la enferma.

Ana disimuló el estropeo y la fatiga cuando llegó la noche; pero estaba convencida de no poder, no sólo continuar el mismo ejercicio al día siguiente, sino que le sería imposible caminar,

tanto por el extremo de debilidad en que se encontraba, como por la hinchazón y lastimaduras de los pies.

Como síntoma alarmante, y resultado del hambre, fueron atacadas todas tres por un sueño profundo, preludio de la muerte que las amenazaba. La primera que despertó en medio de la noche con los dolores de su maltratado cuerpo, fué Ana, la que poniendo en ejercicio sus facultades mentales, no vislumbraba una esperanza en el campo de sus conjeturas; y por desenlace de su triste suerte se adelantaba á contemplar con la imaginación sus cadáveres despedazados por las fieras, y la ignorancia en que su padre y amigos quedarían del desastroso fin de su existencia. De repente se sobresaltó con un ruído lejano semejante al canto de un gallo: redobló su atención, y por segunda vez llegó á sus oídos el mismo canto, tan marcado y distinto, que llevó á su alma la convicción de la realidad. Iba á despertar á Francisca para hacerla partícipe de sus impresiones, cuando la vió incorporarse, y escuchó de ella con agradable sorpresa esta pregunta:

—Oyó?...

—Sí, Francisca, apenas puedo creer que alcancemos á salvarnos del hambre en este desierto. En la imposibilidad de movernos en que mi madre y yo nos encontramos, creo que nos sería difícil llegar á la habitación en donde ha resonado ese canto. Sin embargo, despertemos á mi madre, y llevemos á su alma desolada una esperanza con esta noticia.

—Tal vez no convenga, dijo Francisca, interrumpir su sueño, que en estos instantes suple la falta de alimento; y al decir esto acariciaba una idea que le había ocurrido para acelerar la salvación de la enferma.

—Con cuánta gratitud acojo tus indicaciones. Sin tu valor y finos cuidados no se habría prolongado nuestra existencia, y nuestra debilidad hubiera cedido ante el cúmulo de peligros que hemos arrostrado. Cuánto tenemos que agradecerte, bondadosa Francisca!

—Si algo encuentran mis señoras digno de agradecerse en

mi conducta, deben recordar que son sus virtudes y su ejemplo los que han hecho de la pobre Francisea un sér fiel y agradecido.... pero no es tiempo de afligirnos con recuerdos dulces y tiernos, y debemos reposar tranquilas hasta que amanezca para recuperar las fuerzas perdidas; y arreglando el lugar en que descansaba Ana, la obligó á reclinarse. Bien pronto se adueñó el sueño de la joven viuda, cambiando de decoración; mientras Francisca se entregaba á pensamientos consoladores, sintiendo no poder propinar á sus señoras un narcótico en dosis incfensivas para prolongar su sueño.

Ya había amanecido, cuando un trueno lejano vino á despertar á Ana sobresaltada, la que en los primeros momentos tuvo dificultad de recordar la causa que había modificado sus lúgubres pensamientos; pero cuál fué su sorpresa cuando vió vacío el sitio ocupado por Francisca! Adivinó el motivo y lo participó á su madre, la que, llena de dudas, no quería consentir en que hubiera una esperanza, por temor de un nuevo chasco. La hija se esforzó en calmar la inquietud de la madre, mientras llegaba el socorro buscado por Francisca.

A las tres horas de expectativa, cerca de las nueve de la mañana, oyeron el ladrido de un perro, y se convencieron de que no había sido inútil la ausencia de su protectora. En seguida distinguieron el murmullo de voces de hombres que se acercaban, en un tono que no inspiró desconfianza alguna á estas desgraciadas. Al fin se detuvieron delante de ellas dos hombres de la raza de los *naturales*, cargueros de oficio, en aquellas montañas, provistos del pequeño aparato que llaman silla en que se sienta la persona que llevan sobre la espalda. Antes de que las favorecidas tuvieran tiempo de manifestarles su agradecimiento, presentaron los alimentos remitidos por Francisca, y la noticia de que ésta había enviado á Vélez á otro individuo en solicitud de auxilios. * Después de esta singular y oportuna

* A este mismo le dió Francisca el cadáver del niño para entregarlo al capitán Arias de Toledo, el cual lo depositó en la bóveda de la familia, construída en la iglesia principal de aquella ciudad.

refacción fueron conducidas las inválidas á las casas pajizas construídas en el sitio en el cual, cien años antes, existían otras con el nombre de "Real de Ture."

Allí recibieron de nuevo las atenciones y cuidados de Francisca.

Los habitantes de Vélez se conmovieron con el desastre, y los amigos de la familia del capitán Luque se apresuraron á salir al encuentro de la esposa y de la hija, llevándoles toda clase de auxilios para aliviar su triste situación y conducirlas á la ciudad.

XI

D. Francisco Arias de Toledo les preparó un alojamiento en su casa con todo el interés que le inspiraban la madre y la hermana de Cecilia. Aunque éstas procuraron convencerlo de que su prometida se había salvado, suponiéndola favorecida por el bachiller Ramírez, mil horribles sospechas cruzaron por su mente, y á pesar de disimular su turbación y sufrimiento, en su interior padecía todos los horrores de la desesperación. Los instantes de espera le parecían siglos y resolvió confiar sus temores y sospechas al capitán Sebastián Fandiño Sotomayor, amigo y compañero de armas del capitán Luque, el cual resolvió partir inmediatamente á la cabeza de su compañía en busca de Cecilia, con toda la enérgica generosidad que distinguía á aquellos hombres, que supieron unir al valor inconstrastable y perseverante los nobles sentimientos que inspira la caridad cristiana. Satisfecho con esta providencia, consagró el amante de Cecilia sus cuidados á la madre de ésta, cuya postración era absoluta y cuyo fin se aproximaba rápidamente, según la opinión de los médicos que la asistían.

El 25 de Marzo se le administraron los sacramentos con toda la solemnidad que merecía su posición social y distinguidas relaciones, y en los momentos mismos en que el sacerdote recibía de boca de la enferma las protestas de la fe cristiana, entró á la *casa el capitán Luque,* informado ya del cúmulo de pesares que *le sobrevenían.*

Sin interrumpir las sagradas ceremonías entró con sereno continente en la alcoba de su esposa; y sin dejarse ver de ésta, se prosternó cerca del lecho, y ofreció al Juez Eterno toda la amargura de su alma, en el momento mismo que lo mantenía en sus manos el sacerdote ofreciéndolo á la compañera de su vida como prenda de perdón y misericordia, para llegar segura al puerto de la inmortalidad. Las muestras de fe y de piedad dadas por la matrona católica en aquellos momentos, revivieron en el alma del esposo esos mismos tiernos sentimientos, amortiguados hasta entonces por la rudeza de una vida de agitación y de combates.

Cuando quedó solo con su esposa el capitán Luque, se acercó al lecho y tomándole la mano le dirigió la palabra en términos que no pudieran distraerla de los graves pensamientos que la embargaban. Ella se conmovió tan agradablemente, que apenas pudo corresponder con una sonrisa y abundantes lágrimas al saludo de su esposo. Este le suplicó que no hablase, por temor de que su situación se agravara, y encomendando su suerte y la de sus hijos á las oraciones de aquella cristiana, la dejó tranquila entregada á los coloquios con Nuestro Redentor.

Se esperaba de un momento á otro alguna noticia del capitán Fandiño como resultado de su expedición, y ya crecían los temores de que tanto el bachiller Ramírez como Cecilia hubieran sido víctimas de la ferocidad de los Yareguíes, cuando vinieron á preocuparse por el aviso divulgado de que se encontraba en las agonías de la muerte Doña Isabel Fuentes de Lobo.

Concurrieron á la casa en que se hallaba la moribunda una multitud de amigos y parientes á prestar sus servicios á la familia doliente; y presenciaron la serenidad y calma que reinó en su espíritu mientras el sacerdote recitaba las oraciones de los moribundos, hasta el momento en que espiró.

Apenas había pronunciado el ministro el primer versículo del salmo DE PROFUNDIS, cuando se oyó contestar con el segundo al bachiller Ramírez, quien entraba en aquel instante en la

alcoba mortuoria. Todos esperaban ver entrar á Cecilia tras él, y hubieron de aguardar á que terminaran las preces para dirigirle todos una misma pregunta.

Cualesquiera que fueran los contratiempos que sufrió el bachiller Ramírez en su navegación, debió salir felizmente de ellos, pues lo vemos llegar á Vélez, después de dar la vuelta por Santafé, en los momentos en que espira la esposa del capitán Luque, á quien no liga á la tierra sino su hija desgraciada en viudedad prematura.

El informe del Cura de Yaragua sobre la suerte de Cecilia acibaró el pesar de los dolientes, y exasperó de tal modo la sensibilidad del joven Arias de Toledo, que se alteraron sus facultades intelectuales en forma de demencia. El único reactivo que encontró el capitán Luque para calmar esta afección fué la promesa de llevar al paciente á la entrada que proyectaba en el territorio del Opón, en busca de su hija.

Terminados los funerales, y dispuesta la permanencia de Ana de Luque al lado de la madre de Arias Toledo, se organizó la nueva expedición, con el número de oficiales y soldados que se juzgó necesario, y la cantidad de bastimentos indispensables para tan incierta y larga correría; todo á expensas del capitán Luque.

El bachiller Ramírez puso á disposición de éste sus cortos recursos y el ejercicio de su ministerio, acompañándolo en la empresa.

Por un parte del capitán Fandiño se supo, que, aunque había tenido algunos encuentros con los indios, y librado combates de poca significación, nada había podido obtener de los prisioneros acerca de la suerte de Cecilia.

XII

El 31 de Marzo, día señalado para la expedición, llegó á Vélez la noticia de haber sido incendiadas las poblaciones de *La-Palma y Caparrapí* por los Yareguíes, quienes, esquivando *un encuentro con el capitán* Fandiño, traspusieron las cordilleras

que median entre los ríos Negro, Guaguaquí y Opón, y cayeron de improviso sobre aquellos pueblos, destruyendo sus importantes ingenios, y asesinando á la mayor parte de sus habitantes.

Juzgando conveniente el capitán Luque poner en conocimiento del Gobierno los hechos ocurridos y acordar con él las medidas que debían tomarse para contener á esta tribu guerrera, resolvió confiar al capitán Francisco de Angulo y al joven Arias de Toledo las escuadras organizadas para la expedición, y emprendió viaje para la capital del Nuevo Reino, en donde propuso al Presidente Egüez de Beaumont las providencias que debían adoptarse para el castigo de los indios.

El día 9 de Abril fueron aprobadas sus proposiciones, y aceptados sus ofrecimientos de hacer á su costa los gastos de la empresa; bien que en la resolución superior se consignaba una especie de censura á la conducta del Capitán, atribuyendo á descuido de su parte las desgracias de su ciudad, lo cual contristó de tal modo el ánimo del Capitán, que ya no pensaba más que en su vindicación y en agotar sus recursos y terminar su vida en inquirir por la suerte de Cecilia.

Preocupado con estos dos únicos proyectos, salió de Santafé el capitán Luque, sin cuidarse del rigor de la estación lluviosa, y llegando á Vélez, no se detuvo sino un día al lado de su hija, á quien confió sus determinaciones, y procuró consolar en el estado de soledad y privación total de afectos de familia en que se encontraba, contando apenas veintiún años de existencia.

Ana, por su parte, prodigó á su padre todos los consuelos que le dictaba el amor filial, porque aquella alma generosa y tierna había puesto á prueba en pocos días toda su enérgica virtud, recordando las lecciones de religión que había recibido para contrarrestar los terribles efectos de los improvisados y repetidos golpes de su triste suerte.

Mientras el Capitán emprende su marcha para imcorporarse á sus compañeros de armas, nos le adelantaremos en el camino *abierto por él* hasta Yaragua, á recoger las impresiones de que

fué víctima el joven Arias de Toledo al recorrer de nuevo los parajes encantados por la presencia de Cecilia.

Poco antes de llegar á la "Boca de la montaña" retrasó su marcha para saborear solo todo el pesar que le oprimía, y poder interrogar con la mirada, al través de sus lágrimas, á cada uno de los sitios y objetos que le recordaban las horas dichosas y rápidas que tanta felicidad le prometían en un porvenir venturoso y próximo.

Cada uno de estos sitios y objetos producía en el alma del desgraciado amante una impresión viva pero indefinible, despertando recuerdos en cuya contemplación quería detenerse, sin poder ejercitar sus facultades intelectuales, debilitadas por el sufrimiento, impresionado siempre, y siempre empezando á pensar no acababa aquella tarea mental, á semejanza de las sensaciones de la niñez, cuando queremos darnos cuenta de ellas en la edad de la plena razón: la memoria fatigada lucha en vano por salvar esa barrera de principios é ideas nuevas que el tiempo ha ido intercalando entre aquellas impresiones del pasado y las actuales, para revivirlas y presentárnoslas frescas y adornadas con el brillo de su primitivo esplendor.

Al llegar en frente del árbol á cuyo pie acostumbraba sentarse Cecilia cuando salía á encontrarle en sus esperadas visitas, se desmontó y, como antes, continuó á pie su viaje hasta las ruinas de la ciudad. Lo primero que descubrió fué el jazmín medio marchito y revolcado por el suelo ocultando sus flores inclinadas entre las yerbas, en prueba de duelo por la desaparición de la mano amiga que las sostenía, y que el desgraciado joven supo comparar por igual razón á sus ilusiones muertas y sepultadas en su corazón.

Al siguiente día se internaron en los bosques en distintas direcciones los dos jefes, después de establecer sus señales y fijar su derroteros, dejando en el Real la gente necesaria como *centro de operaciones* y de reunión.

El *capitán Arias* de Toledo escogió la dirección indicada

por el bachiller Ramírez, con la esperanza de hacer prisioneros, é indagar por ellos la situación ó muerte de Cecilia.

La senda trillada por donde marchaba esta partida la condujo en pocas horas á una ranchería de bastante consideración, en la cual encontraron los soldados tal abundancia de comestibles y animales domésticos, que no tuvieron necesidad de ocurrir á Yaragua en algunas semanas. Los moradores se habían retirado sin llevar los muebles y útiles de las casas, los que fueron examinados minuciosamente por Arias de Toledo, en solicitud de alguna prenda de Cecilia.

Acantonada allí la fuerza por tres días, con el fin de explorar los alrededores, pudo el desgraciado amante sentir todo el rigor de su abandono en aquellos desiertos, por donde se aventuraba solo en busca de emociones, y en solicitud de peligros que pusiesen á prueba su desesperado arrojo.

En la tarde del segundo día, regresaba por la montaña sin otro medio de dirección que los melancólicos sonidos de una gaita, tocada por uno de los soldados en el cuerpo de guardia, cuando descubrió un objeto blanco que pendía de la corteza de un grueso tronco, sobre el cual se lanzó rompiendo con su cuerpo las ramas trabadas que encontró á su paso. Al tomar aquella tela blanca y fina, en forma de pañuelo, observó en uno de sus ángulos dos letras bordadas, iniciales del nombre y apellido de Cecilia. Instintivamente lo llevó á sus labios, y con mirada inquieta é indagadora buscaba en todas direcciones algo más que le corroborara que aquel sitio había sido bendecido por la presencia de su amada.

Examinó una á una todas las superficies de la corteza de aquel tronco, y en una de ellas pudo descifrar la fecha de—20 DE ABRIL—grabada allí por la mano de Cecilia.

Poco faltó para que el desdichado joven perdiera el sentido al recordar que sólo faltaban diez días del plazo señalado á tan importante fecha, marcada para recibir el premio de sus nobles aspiraciones.

Al grabar Cecilia aquellas cifras, tuvo sin duda la